

Recuerdos de una investigadora

ADRIANA SANDOVAL

A mi regreso de cinco años fuera del país, intenté volver a trabajar en la UNAM, sin éxito. Me entrevisté con diversas personas a través de las distintas áreas de la Universidad donde pensaba que podría colaborar de alguna manera. Las puertas estuvieron siempre cerradas. Perseveré en mi empeño, y al cabo de seis años de diversas chambas de *free lance*, logré una entrevista con la entonces directora del Instituto de Investigaciones Filológicas, Elizabeth Luna Traill. A diferencia de los demás funcionarios a los que había acudido, ella fue amable y se mostró al menos dispuesta a concederme el beneficio de la duda. Sin embargo, me dijo, la coordinadora del Centro de Estudios Literarios, Margit Frenk, sería la encargada de dar la última palabra. No la conocía personalmente, aunque desde luego sabía quién era —nadie en el campo de las letras nacionales e internacionales puede ignorar su destacadísima presencia—. La entrevista transcurrió bien, y Margit me dijo que veía posibilidades de mi ingreso al Centro. Por el momento, sin embargo, era imposible por cuestiones de plazas, presupuesto, etc. Seguí en contacto intermitente con ella. Al cabo de algunos meses se abrió la posibilidad que había estado esperando. Podría entrar al centro por honorarios, de medio tiempo. Mis tareas serían ocupar la secretaría de redacción de una revista que no existía aún, y la edición de los textos de crítica literaria de José Juan Tablada. Acepté de inmediato. Fue una época difícil en términos económicos: la inflación estaba desatada y mis humildes honorarios de medio tiempo no alcanzaban para mucho. Pero ya estaba donde quería estar.

Me asignaron una pequeña mesa gris en medio de los anaqueles metálicos de lo que entonces era la biblioteca del centro, en la Torre II de Humanidades. Al poco tiempo nos mudamos a los edificios azules, con más espacio para todos. Un investigador que había estado en espera de que su plaza de medio tiempo fuera completa decidió irse a otra institución —afortunadamente para mí. Concurse y entré con la plaza más baja.

En esa época no sabía nada de ediciones. Margit fue siempre una maestra dispuesta y amable, pero exigente. Las pruebas de la revista

siempre llegaban a segundas y en ocasiones a terceras. (Las revisábamos ella y yo, pero también circulaban entre todos los miembros del centro: la tarea era, así, colectiva.) Para ella nunca ha existido el mexicanísimo “ahí se va”.

Al principio de la revista las reuniones con el comité editorial (elegido por votación) eran constantes. Había que tomar todo tipo de decisiones. El trabajo era fuerte y consumidor de tiempo. Pero los resultados pronto estuvieron a la vista: la revista tuvo una buena recepción, pues, asombrosamente, no existía una publicación académica en el campo de la literatura mexicana. El Conacyt, en su padrón de excelencia de revistas académicas, aceptó de manera incondicional a la revista en su honorable lista.

En el trabajo cotidiano del centro, teníamos reuniones quincenales, a veces mensuales, donde los investigadores presentábamos los avances de los trabajos en curso. De este modo, había una vida colectiva; todos, además, conocíamos el trabajo de nuestros colegas. Margit, por su parte, nos informaba de las propuestas de coloquios, profesores visitantes, reuniones académicas, que recibía y compartía con nosotros.

Ahora estamos en otro momento. Tengo ya 20 años de antigüedad en la Universidad Nacional Autónoma de México y un cubículo con una computadora e incluso un teléfono.